

Isidoro Martínez de la Escalera

HUMO EN LA LLUVIA

*Belchodón Ediciones*

## **HUMO EN LA LLUVIA**

Primera edición: abril de 2010

© De la obra: Isidoro Martínez de la Escalera  
e-mail del autor: humoenlalluvia@hotmail.com

© Ilustración de cubierta: Darío Basso

*Agradecimientos a Ignacio Bañón por su cultura operística.*

© Bohodón Ediciones  
<http://bohodon.es>  
Sector Oficinas Nº 7  
28760, Tres Cantos (Madrid)  
e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 978-84-92828-49-4

Depósito legal:

Printed in Spain by Publidisa

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*A mis padres  
que despertaron en mí la sed de conocimiento.*

*A los creadores de internet  
por encontrar un manatí en mi patio trasero.*

*A Sonsoles  
por velar mientras me sacio.*



Aturdido por el agua de lluvia y el viento que le rociaban la cara, el chico dio dos pasos más y se detuvo. Se sintió desorientado en un camino que conocía bien. Levemente levantó la vista, y por debajo del borde de la capucha calada vislumbró el cielo gris que, cargado y rebosante como una esponja, se le venía encima. Con un gesto se limpió la lluvia del labio y del mentón, cerró los ojos, aspiró fuerte el aire anegado y volvió a ponerse en marcha. Sentía la ropa fría y la piel húmeda por debajo del gabán y de la chaqueta de lana que llevaba puestos. Tiritaba y una gran humedad, como gotera sobre pared de sacristía, se acrecentaba a su espalda bajándole desde el cuello hacia los riñones, en dibujos concéntricos. Una filtración alimentada desde una brecha en su indumentaria a la altura de la nuca, entre el paño impermeable de la gabardina y la caperuza que le protegía la cabeza. El frío y el agua le ganaban terreno por debajo de la ropa y, a la altura de los omoplatos, adherida a su camisa, la húmeda mancha invasora se fundía, como un cauce nutrido por su afluente, con la emanación sudorosa que nacía bajo sus brazos: extravagante tibio fruto del esfuerzo de caminar en aquellas condiciones sobre el fango chocolate en que se había convertido el sendero desde la carretera.

El caminante duda el avance. Su cuerpo batido e inclinado se apoya sobre los dedos de los pies para acometer la rabia del huracán. Las fuerzas de sus piernas se desgastan combatiendo

el barro que se niega a soltar la presa hecha en los zapatos al posarse. Una sucesión de huellas profundas, cicatrices en el fango, le siguen como estela en su travesía. Dentro de los mocasines, entre los dedos, el agua fluye como por una cloaca: irrumpe a cada charco entre las costuras que emparejan la suela y el cuero, y sale escupida a presión cuando el pie se apoya de nuevo. Unos pies que cada vez se elevan menos, que dejan huellas menos nítidas en el piso al destruir el tacón, que ya casi no remonta, su propio molde estampado en el barro.

El agua se adhiere a las piernas del caminante en un combate abierto en múltiples frentes: cae directamente desde el cielo, sube desde las proximidades de los pies mezclada con el barro que levanta al caminar y salta inexorable, con solo rozarlo, desde el seto de boj que delimita el camino por ambos lados. Las rodillas se nutren directamente de la lluvia pura, estrellada contra los pantalones empapados por rachas desafiantes de viento frontal. Sobre los muslos, el agua se descuelga hasta los pantalones en una gotera perenne por debajo del confín del abrigo.

Agarrotado. Tiene el dorso de las manos insensible y las palmas chorreantes amoldadas al cuerpo cilíndrico que transporta entre las manos. De vez en cuando se lleva una, temblorosa, a la cara en un gesto inútil para intentar apartarse el mechón de pelo calado que se pega a su frente y se le enreda en los párpados. El frío le invade como una infección oscura. Los huesos son cánulas metálicas llenas de un líquido gélido. Siente que su metabolismo se está paralizando. En un gesto de desconuelo se detiene por un momento en su ascenso y se reclina sobre la familiar escultura que flanquea el camino. Se apoya con la palma abierta notando el áspero tacto mohoso de la piedra fría. Jadeante aspira con dificultad el aire saturado de agua mientras contempla aquel rostro granítico de mujer con su carga de peces petrificados sobre la cabeza.

Tras unos instantes se reincorpora, aterido. El joven está a merced del temporal como un faro en lo alto del acantilado más boreal de la costa. Enfrentado al océano áspero en que aquella tormenta se ha convertido, pugna por caminar, como un autómatas, porque el agua diluye sus sentidos. Transportado por un tranco hipnótico, intenta olvidar por qué pasea y hacia dónde se dirige, olvidar por qué está remontando aquella suave pendiente arcillosa travestida en catarata. Mira atrás. A sólo unos pasos, más abajo, su coche es apenas ya una imagen difuminada, borrosa para la vista y para la razón; una realidad antigua sumergiéndose en los fondos de la memoria por culpa del diluvio. Han pasado unos minutos desde que abandonó su vehículo y siente desleída la voluntad como un terrón de azúcar en aquella masa licuada en que se están convirtiendo por momentos la realidad física y su mente. Desvanecida, borrada la línea del horizonte y el paisaje por la marea de lluvia, emborronado su sentido de orientación por la oscuridad creciente, el caminante a la deriva y aturdido ya no distingue su ruta, el fondo y la superficie, el Norte y el Sur.

Ofuscado, amoratado, abandonado a su líquida suerte, el adolescente se para otra vez y de nuevo alza los ojos en busca de aquellas nubes colmadas que le abordan desde el cielo. Entreabre los labios y un chorro de vapor jadeante y cálido se condensa al instante debajo de la capucha. Amaga unas palabras, concebidas para invocar a un dios olvidado, que se diluyen silenciosas en los rosarios de gotas del aguacero. No dice nada. Piensa en retroceder pero ya no recuerda hacia dónde va. Dónde está. Quién es. Se ha perdido. Ha perdido. Zozobra. Su sino le envuelve y le inunda como una nueva oleada de frío, más glacial que la que ya le habita, recorriéndole todo el cuerpo y adueñándose plenamente de su razón entumecida.

Asustado, el hombre-niño se agacha lánguidamente. Se posa sentado en el camino, semi sumergido sobre el barro blando que le rebasa la línea de los bolsillos en los pantalones empapados. Lúcido, por un instante, observa que en la entretierna el reguero de agua que fluye por el sendero se detiene brevemente, represado, choca contra la vasija brillante que transporta y luego sigue ladera abajo, llevándose su calor vital en hurto estéril. Entonces el joven encoge las piernas encharcadas contra su pecho y las rodea con sus brazos. Descuelga hacia adelante la barbilla que resbala sobre las cumbres chorreantes de sus rodillas antes de asentarse entre ellas. Arroja un surtidor de vapor de agua por las narices congeladas, cierra los ojos cargados de lágrimas y de rocío y piensa que nunca se sintió peor. Náufrago en una borrasca, se deja caer de lado sobre el suelo con el vaso de metal junto a su vientre. Y, en aquella posición prenatal, por un instante, se siente uno con el magnífico útero en que se ha convertido la Naturaleza.

Queridos hijos:

Si estas páginas están en vuestras manos es, bien porque habéis registrado indebidamente mis armarios o, más probablemente, porque yo ya no estoy entre vosotros. Es muy posible que cuando leáis estas líneas, los hechos a los que hacen referencia se hundan en un pasado bastante lejano. Si consigo alcanzar mi esperanza de vida, es probable que no lleguéis a conocer el contenido de esta carta hasta dentro de unos cuarenta años aproximadamente. Tiempo que creo será más que suficiente para poner en perspectiva todo su contenido, realizando su valor y diluyendo los aspectos negativos que conlleva haber mantenido asequible su recuerdo.

Para que todo se cumpla según lo planeado por mí, esta carta debe encontrarse en el interior de una caja junto a algunos otros objetos: una pequeña grabadora reproductora portátil, un cable de conexión a la red eléctrica, un conjunto de mini cintas magnetofónicas numeradas, un cuaderno encañutillado y, por si acaso, unos discos CD's a donde he transferido la información que contienen las cintas.

¿Por qué ha llegado todo este material hasta vosotros? ¿Por qué no os ha llegado antes? Son dos preguntas que intentaré contestar por medio de esta carta: todas estas cintas fueron grabadas por vuestro padre en los meses anteriores a su fallecimiento y contienen aspectos únicos sobre su vida y su muerte que considero merecéis conocer.

Me explico: el día en que se fue, vuestro padre realizaba un viaje de trabajo por el Norte del país. Cuando me llamaron desde Z., su compañía, para informarme de que había aparecido muerto dentro de su coche en el parking de un área de descanso, sufrí un gran shock. Mi vida cambió de una forma radical desde aquella llamada. Me quedé sola. Pocos días después, cuando el ritual de incineración, funerales y dispersión de cenizas ya habían concluido, recibí una caja en casa conteniendo todos los objetos personales de A. que permanecían en las dependencias de la empresa en el momento de su muerte. Llegaron en dos bolsas rotuladas. En una rezaba “en el despacho” y contenía algunos marcos de fotografías vacíos, una pluma, una corbata, un paraguas y poco más. La otra decía “en el coche” y en ella se hallaban la grabadora y las cintas. Al principio no les presté atención, pensé que serían conversaciones o notas de voz técnicas o profesionales de vuestro padre. Una forma de aprovechar los viajes y no olvidar ocurrencias o ideas que le pudieran surgir.

Al cabo de unos días sentí curiosidad: la oportunidad de volver a escuchar, una vez más, la voz de vuestro padre, me hizo interesarme por las cintas. Así que rebobiné la primera, la que se encontraba en el interior de la grabadora cuando llegó a mí, y me dispuse a escucharla. La verdad es que fue una experiencia traumática. En un estado emocional lamentable, llorando, gritando y suplicando, vuestro padre enlazaba una incoherencia detrás de otra. Enseguida detuve la cinta. Me resultó evidente que había sido grabada en los últimos momentos de su vida. Que estaba escuchando su agonía. Por pudor no quise saber más sobre aquello que posiblemente pasaba por su cabeza en los momentos inmediatamente anteriores a su muerte. Marqué esta cinta con un NO para no volver a escucharla. Afortunadamente, y eso puedo decirlo ahora, insistí con otra cinta con un resultado bastante más productivo.

Allí estaba él, su voz. Para mi sorpresa, no se trataba de notas profesionales, sino de una mezcla de reflexiones intelectuales, recuerdos personales y anécdotas de su vida. En muchas de ellas incluso se arranca a cantar las que eran sus arias favoritas. Tenía una voz preciosa. Escuché cinta tras cinta durante los siguientes días descubriendo facetas de la personalidad de vuestro padre que desconocía. Exploré su psicología, sus sentimientos, su discurso interior. Obtuve información sobre su vida o su pensamiento que nunca antes había descubierto mientras estuve a su lado. También intuí lo que en último término fue el motivo de su muerte, aunque eso me lo guardo para mí.

En los siguientes meses pasé una y otra vez aquellas grabaciones como modo de alejar la soledad y mantener vivo el recuerdo de A. Cuando prácticamente conocía el contenido de memoria, temí perderlas un día y entonces decidí pasarlas a soporte digital y transcribirlas para conservarlas para siempre. Me preocupó necesitar escucharlas al cabo de mucho tiempo y que se hubiesen estropeado o perdido. Revisándolas una y otra vez llegué a detectar y enlazar detalles cronológicos con los que compuse un probable orden de la grabación. No es un orden original, lo compuse yo a base de escucharlas una y otra vez. Marqué cada cinta con un número, que es el que ahora llevan sobre la etiqueta. Además, si el contenido de la grabación tenía alguna canción, añadí su nombre al título para distinguirlas.

Todo este proceso me llevó meses y meses... Pensaréis que estaba loca, pero no me juzguéis: las noches de una viuda son eternas... Te despiertas, te espabilas, comienzas a darle vueltas a la cabeza... Y escuchar a vuestro padre una vez más siempre era un consuelo. Después de trasladar las cintas al papel, volví a estudiarlas. Entonces añadí algunos comentarios míos.

Cuando ha transcurrido, ahora, más de un año desde la muerte de vuestro padre, debo deciros que estas cintas han sido un gran regalo. Definitivamente me ayudaron a superar el trauma de quedarme sola llenando muchas noches solitarias. Pero ahora tengo que salir adelante, y para hacerlo creo que tengo que despegarme de ellas. Por ello, durante las últimas semanas mi pensamiento ha oscilado entre la destrucción, la incineración, la conservación parcial o la conservación total del material legado por A.

Por un lado pienso que escucharlas os puede ayudar a conocerle mejor, por otro lado, tal vez debiera censurar la información para filtrar la imagen que de él os llegue hasta vosotros. Definitivamente he decidido conservarlo todo y dejar esta carta a modo de "instrucciones de uso" para que vosotros mismos decidáis. Eso sí, sabed que nunca volví a escuchar la cinta que marqué con un NO, la que grababa en el momento inmediatamente anterior a su muerte, así que ni yo misma conozco su contenido.

Espero que cuando esta caja llegue a vuestras manos seáis unos adultos responsables, que sigáis juntos y que hayáis formado vuestras propias familias. Espero que la vida os haya dado pistas sobre el camino hacia la verdadera felicidad. Cuando hayáis terminado de escuchar el contenido de esta arca, espero que os deis cuenta de todo lo que vuestro padre hizo por enseñaros el buen camino.

Os quiero. Madrid, 12 de Enero de 200X.

## CINTA 1: SIEGMUND, DEN WÄLSUNG

CLIC.

Veamos qué tal sale esto. Probando, probando... Mi nombre es A, tengo casi cincuenta años. Dos hijos, chico y chica... Nací en esta ciudad... Soy Ingeniero industrial... Uno, dos, tres... Estoy casado... y no sé qué más contarte... ¡Ahh! Soy del Madrid, del Real Madrid de toda la vida. The best football team in the world. Hoy es jueves... son las 8 y cuarto del día 25 de Septiembre del 2.00X y acabo de arrancar mi coche y estoy saliendo del garaje de mi casa en una urbanización a las afueras de Madrid. Me dirijo a mi trabajo. Este trayecto, que es una rutina cada día, va a ser ligeramente distinto a partir de hoy. A partir de hoy, en esta mini grabadora que tengo delante de mí, voy a ir dejando mis pensamientos para la posteridad. Se acabaron Federico Jiménez Losantos, Carles Francino y demás genios de la radio. De hoy en adelante seré yo el que hable, aunque no me escuche nadie. He decidido dejar de perder el tiempo escuchando a otros ahondar sobre mis prejuicios cada mañana y ser yo el que exprese sus prejuicios en voz alta aunque nadie se dé por enterado.

Me he comprado una grabadora de estas de mano, con el micrófono incorporado y un paquete de cincuenta mini cintas con una hora de duración cada una. En potencia puedo hablar durante cincuenta horas sin tener que volver por la tienda, a excepción de a comprar las pilas para hacerla funcionar, claro está.